

# El mundo tras la pandemia: el Estado

LA PANDEMIA SORPRENDIÓ A CASI TODOS LOS GOBIERNOS Y LOS ENFRENTÓ A UN ESCENARIO INÉDITO, PARA EL QUE APENAS ESTABAN PREPARADOS. EL AMBIENTE ERA CASI DE GUERRA Y FAVORECIÓ EL FORTALECIMIENTO DEL ESTADO, CIRCUNSTANCIA QUE LOS GOBIERNOS APROVECHARON.

ÁLEX NAVAS

**A**l escribir estas líneas, a final de mayo de 2021, cunde el optimismo: los números “malos” –de nuevos contagios, de hospitalizados, de muertos– disminuyen, mientras aumenta el de vacunados. La evolución de esas cifras hace prever que no muy tarde alcanzaremos la “inmunidad de rebaño”. Muchos gobiernos consideran que ya hemos pasado lo peor y empiezan a relajar las medidas restrictivas, desde el confinamiento hasta el toque de queda. Lo único que nubla el optimismo es la posible aparición de nuevas variantes del virus, potencialmente más letales que las ya conocidas. Aunque resulte prematuro dar por superado el COVID-19, voy a examinar algunas tendencias sociales de fondo que, en mi opinión, se manifiestan como efectos directos de la pandemia.

## CRECIMIENTO DEL ESTADO

**E**l hecho más relevante en el ámbito político moderno es la consolidación del Estado como actor hegemónico. Un Estado burocrático, anónimo, dotado de ingentes recursos personales y materiales, omnipresente, legislador y controlador de todos los aspectos de la vida social. Su avance



imparable marca la trayectoria política de los dos últimos siglos. Son varios los factores responsables de esa evolución: en primer lugar, el desarrollo científico y tecnológico, que el Estado utiliza a su servicio. Aquí se inscribe, por ejemplo, la universidad de corte napoleónico –de profunda raigambre en los países latinos–, concebida como proveedora de técnicos y de funcionarios para la maquinaria estatal.

En un orden más estrictamente político, destacaría dos hechos que dan alas al Estado: la revolución y la guerra.

.....  
**El Estado moderno se ha consolidado como actor hegemónico. Burocrático, anónimo, omnipresente, legislador y controlador de la vida social**  
—————

Los manuales de historia caracterizan el siglo XIX como el de las revoluciones: después de la francesa, tenemos las oleadas de los años treinta, cuarenta y setenta. En el siglo XX, la soviética, las intentonas centroeuropeas de los años veinte, la china, la cubana, la camboyana... Después de toda explosión revolucionaria aparece un Estado más fuerte y mejor organizado. Así define Jacques Ellul el proceso revolucionario: la sustitución de un Estado disfuncional, incluso caótico, por otro mucho más organizado y eficaz. Para el autor francés, la revolución viene

Un Estado como el moderno, con tantos recursos y orientado al bien común, constituye una bendición. Pero si ese Estado se corrompe y se vuelve incluso contra su propia gente, la cota de perversión que llega a alcanzar es igualmente única



a ser la crisis de crecimiento del Estado moderno<sup>1</sup>.

La otra circunstancia política reforzadora del Estado es la guerra. En palabras de Charles Tilly, “la guerra hizo al Estado, y el Estado hizo la guerra”. A partir de las campañas napoleónicas, la guerra se convierte en un fenómeno nacional, que afecta a la totalidad de los habitantes: ejércitos con muchos efectivos, reclutamiento general, población civil afectada. Nadie más que el Estado se encuentra en condiciones de gestionar esa guerra total, lo que ocurre tanto en el frente de batalla como en la retaguardia: antes de poner a punto un ejército bien armado hay que recaudar el dinero necesario para financiarlo. Lo mismo se aplica a la gestión de la posguerra, tanto en el caso de los vencedores como de los vencidos.

Es verdad que el Estado moderno occidental se llama “de derecho”: imperio de la ley, elección democrática, separación de poderes. La democracia gana terreno en todo el mundo y se difunde la cultura de los derechos humanos. Después de la Segunda Guerra Mundial, ese Estado se califica como “social y del bienestar”: tutela a los ciudadanos a lo largo de toda su vida, desde la cuna hasta la sepultura. Asegura la paz y, además de infraestructuras materiales, proporciona toda clase de servicios: educación, sanidad, pensiones. Su poder tiende a expandirse y, como el gas, ocupa todo el espacio disponible, es decir, va asumiendo nuevas funciones. En términos económicos, el sector público come terreno al privado y puede acabar superándolo, tanto en el

número de empleados como en la riqueza generada.

Como reflejo del protagonismo adoptado por el Estado moderno, Carl Schmitt pudo decir que la novedad más importante del siglo XX en el ámbito jurídico había sido la sustitución del derecho privado por el derecho público. El papel central ejercido durante siglos por el derecho civil corresponde ahora al derecho administrativo y al derecho constitucional. Un cambio de lo más significativo.

Un Estado como el moderno, con tantos recursos y orientado al bien común, constituye una bendición. En muchos sentidos, estamos mejor que nunca: salud, esperanza de vida, desarrollo económico, bienestar, acceso a la educación y a la cultura, derechos y libertades cívicas, ocio. Se ha conseguido incluso que la persona singular se convierta en sujeto de derecho internacional: un individuo puede demandar al Estado ante la justicia internacional, algo inimaginable antes del siglo XX.

Pero si ese Estado se corrompe y se vuelve incluso contra su propia gente, la cota de perversión que llega a alcanzar es igualmen-

te única. Los totalitarismos del siglo XX –comunismo, fascismo, nazismo– se han cobrado decenas de millones de muertos. Ha habido que acuñar conceptos nuevos para describir tanta calamidad: genocidio, crimen contra la humanidad, limpieza étnica, holocausto, solución final, Gulag. Paul Valéry lo intuyó con lucidez en 1917, en medio de los horrores de la Primera Guerra Mundial: “Si el Estado es fuerte, nos aplasta; si es débil, perecemos”. El mismo Carl Schmitt a quien acabo de citar dio por bueno el ascenso al poder de Hitler al postular la alternativa “caos o dictadura” (coartada de todos los tiranos). Escarmentado por la trágica experiencia nazi, rectificó después y dio a su formulación un carácter definitivamente pesimista: “Caos o nihilismo”.

#### EL ESTADO ANTE LA PANDEMIA

“ Cuando llegó la pandemia, nos encontramos todos fuera de lugar”, declaraba el cardiólogo Valentín Fuster a mediados de mayo de 2021. La falta de transparencia por parte de las autoridades chinas y la lentitud de la OMS tampoco ayudaron. Los

1. Jacques Ellul, *Autopsia de la Revolución*, Unión Editorial, Madrid 1973.

||||||||||||||||||||

**Podemos comprender que una crisis tan inesperada como desconocida pillara desprevenidos a gobernantes y sanitarios, pero la gestión del Ejecutivo español deja mucho que desear, tanto en términos de eficacia como de nitidez democrática**

---

gobiernos de casi todo el mundo tuvieron que enfrentarse, más bien antes que después, a un escenario inédito, para el que apenas estaban preparados (con la excepción de algunos países asiáticos, como Corea del Sur o Taiwán, que habían aprendido la lección de pandemias anteriores).

Aunque los epidemiólogos y médicos de salud pública desaconsejan utilizar un lenguaje militar, para evitar que cunda el pánico, el ambiente era de guerra. Ya hemos visto que ese es un suelo fértil para el fortalecimiento del Estado, y los gobiernos no dudaron en aprovechar la ocasión.

Por ejemplo, después de un año hemos sabido que el Ministerio del Interior alemán escribió al Instituto Robert Koch y a otros centros de investigación médica pidiéndoles un estudio sesgado sobre la posible evolución de la infección que permitiera adoptar medidas drásticas, limitadoras de la libertad de los ciudadanos<sup>2</sup>. Los científicos entregaron al cabo de unos días los informes solicitados; el Gobierno los filtró a algunos medios afines y así se creó un clima propicio para la adopción de ese tipo de medidas. Tan graves me parecen la manipulación y el abuso iniciales como la falta de consecuencias políticas una vez que el caso salió a la luz, transcurrido un año.

Algo similar ocurrió en España. También al cabo de un año, Fernando Simón reconocía públicamente que el Gobierno impuso el

confinamiento físico de la población porque no sabía qué hacer, superado completamente por la situación. Podemos comprender que una crisis tan inesperada como desconocida pillara desprevenidos a gobernantes y sanitarios, pero la gestión del Ejecutivo español deja mucho que desear, tanto en términos de eficacia como de nitidez democrática. Con la población confinada en sus domicilios, el Gobierno adoptó una línea de conducta escasamente respetuosa con el Estado de derecho. Examinaré a continuación los hitos más destacados, a mi modo de ver, de la respuesta gubernamental.

A pesar de que constaban indicios de la presencia del virus o incluso de expresas voces de alarma, el Gobierno de Sánchez retrasó declarar la crisis y afrontar sus consecuencias por motivos ideológicos: había que celebrar a toda costa el 8-M con manifestaciones masivas. Aun desde la óptica más benevolente resulta difícil destacar algún aspecto de la lucha contra la pandemia que el Gobierno haya encarado con solvencia: desprotección del personal sanitario; escasez del material; recuento chapucero y seguramente fraudulento de los muertos; invocación de comités de expertos desconocidos o inexistentes; lentitud en la vacunación. Hay que resaltar el comportamiento del personal sanitario, que ha suplido con entrega heroica la carencia de medios o la falta de liderazgo de las autoridades. En el ámbito político el Ejecutivo arrinconó al Congreso y ha estado abusando de gobernar valiéndose de decretos, órdenes y resoluciones. Se cerró el Portal de la Transparencia (luego reanudó su trabajo, pero se cambió al responsable: ahora lo dirige alguien de la confianza del Gobierno, que

ha procedido a depurar la plantilla: importa más la lealtad que la propia transparencia). Las ruedas de prensa se convirtieron en una exhibición solitaria: a los medios de comunicación se les obligaba a facilitar por adelantado y por escrito las preguntas que pensaban formular al presidente del Gobierno. Se creó un “Ministerio de la Verdad”, encargado de “monitorizar” la información sobre la pandemia y se nutrió de subvenciones millonarias a cabeceras afines para ganarse su favor. La política informativa de este presidente representa un caso único en el mundo: se sabe que la adecuada gestión de cualquier crisis exige que los responsables informen de modo frecuente, breve, concreto y proactivo, explicando qué se va a hacer. El presidente Sánchez pronunció discursos muy largos, repletos de narcisismo y autocomplacencia, tan triunfalistas como inconcretos, alejados de la realidad. El expresidente Felipe González lo decía con aire tajante en un podcast el 30-IV-2021: “Cuando todo está mal, aparece un tío que te dice que todo está bien y que el futuro es cojonudo”. El Gobierno ha maniobrado igualmente para someter a su control al poder judicial, intento frenado –hasta la fecha– por Bruselas.

El presidente Sánchez se precipitó al dar por superada la primera oleada y, en un amago de salvar la temporada turística del verano de 2020, decretó que el virus había quedado atrás y que procedía disfrutar de la vida y divertirse. Trágico error. Escarmentado por esa precipitación, delegó en las autonomías la gestión de la segunda oleada, y en los tribunales de Justicia la de la tercera (con los consiguientes disparates y conflictos por falta de coordinación).

---

2. Cfr. *Welt am Sonntag*, 7-II-2021. Después de meses de investigación y del concurso de un equipo de abogados, el periódico consiguió la correspondencia entre el Ministerio y los científicos, que ocupa 200 páginas.





No se consigue evitar la impresión de una inexcusable dejación de las propias responsabilidades.

#### LA LIBERTAD AMENAZADA

Carl Schmitt perfiló una caracterización funcional del Estado: “Es el que puede decretar el régimen de excepción”. Ese régimen admite en España tres modalidades, reguladas por la ley: alarma, excepción y sitio. Es útil que los Estados dispongan de esa herramienta para afrontar amenazas o peligros extremos. A la vez, cualquier Gobierno sentirá la tentación de abusar de las prerrogativas que la legislación le concede en esas circunstancias extraordinarias.

“El secretismo anida siempre en el corazón del poder”, denunció en su día el premio Nobel Elias Canetti. Respetar los procedimientos establecidos, actuar con transparencia, dar cuenta de la propia gestión y someterse a la crítica ajena constituyen requisitos de todo buen gobierno, pero son a la vez exigencias gravosas, incómodas para cualquier autoridad. Si ya resulta difícil cumplir con esos estándares en una situación normal, las crisis se convierten en la excusa

inmejorable para ignorar esas molestas presiones. Ni siquiera hace falta una mala voluntad: se puede argüir que la emergencia presente reclama una actuación inmediata. Desde la óptica del Gobierno que se ve interpelado por la crisis, perder tiempo con debates estériles sería incluso una falta de responsabilidad. Se sabe, además, que la oposición no busca solucionar el problema; en el fondo, tan solo quiere aprovechar la coyuntura para criticar a los gobernantes y puntuar ante la opinión pública. Por ese motivo –entre otros–, la libertad de expresión es frágil, y nunca se puede dar por conquistada para siempre. En cuanto los medios de comunicación y la ciudadanía dejan de estar vigilantes, las autoridades tienden a ensimismarse y se olvidan de rendir cuentas.

Un Gobierno que se considera eximido de la obligación de justificar su política, a la oposición y a sus ciudadanos, enseguida se deslizará por la pendiente del recorte de libertades. Es lo que ha ocurrido en tantos países al socaire de la lucha contra la pandemia. El régimen de excepción provocado por el virus se ha utilizado como

excusa para limitar gravemente libertades básicas: de desplazamiento, de reunión, de culto, de expresión...

En estado de *shock*, la población aceptó de entrada las imposiciones gubernamentales. En España y en tantos otros países el comportamiento de la ciudadanía ha sido ejemplar. Ya sea por sentido de la responsabilidad, por afán de protegerse o por simple miedo –al virus y a las fuerzas de seguridad que han patrullado las calles durante meses–, la gente ha mostrado un comportamiento bastante disciplinado. Una vez finalizado el estado de alarma el 10 de mayo, se ha comprobado que los temores de los defensores de las restricciones eran infundados: nos hemos portado de modo sensato y no ha habido ni rastro del apocalipsis que algunos pronosticaban. Con frecuencia, el ciudadano normal ha cumplido mejor que los gobiernos.

Generalmente, el pueblo está dispuesto a seguir a quienes mandan con tal de que les den ejemplo y vayan por delante, ejerciendo un auténtico liderazgo. Un buen señor se ve rodeado sin dificultades por buenos vasallos. Si, por el contrario, los gobernantes predicán agua y beben vino, como previene el dicho popular alemán, el crédito se les agota pronto. La desconfianza inicial da paso al descontento, y el desconcierto se prolonga en protesta para acabar en abierta desobediencia. Así lo hemos visto en unos cuantos países. Elijo varios ejemplos de democracias consolidadas, con poblaciones cultas y se supone que civilizadas: Canadá, Alemania, Inglaterra, Singapur y Suiza (sería muy sencillo fijarse en casos como Filipinas, India, Brasil o México, por mencionar grandes

Generalmente, el pueblo está dispuesto a seguir a quienes mandan con tal de que les den ejemplo y vayan por delante, ejerciendo un auténtico liderazgo. Si, por el contrario, los gobernantes predicán agua y beben vino, como previene el dicho popular alemán, el crédito se les agota pronto

La  
desconfianza  
inicial da paso  
al descontento,  
y el  
desconcierto  
se prolonga  
en protesta  
para acabar  
en abierta  
desobediencia.  
Así lo hemos  
visto en varios  
países, entre  
ellos, Canadá,  
Alemania,  
Inglaterra,  
Singapur y  
Suiza



naciones que se enfrentan a costosas dificultades con la pandemia, en buena parte por culpa de la desastrosa actuación de sus gobernantes).

Montreal, 2 de mayo de 2021. Unas 100.000 personas se apiñaron cerca del Estadio Olímpico en protesta contra las restricciones a la libertad impuestas por los mandatarios canadienses. Los manifestantes, convocados por un grupo denominado “Quebec Debout”, marcharon pacíficamente, con aire festivo, por las calles de la ciudad –acompañados y vigilados de cerca por la policía– coreando “¡Libertad!”. Uno de sus portavoces declaraba: “Le enviamos un contundente mensaje al *establishment* político: ¡Ya basta! Hay que terminar con esas medidas draconianas”.

Nos trasladamos a Berlín. El Parlamento alemán aprobó en noviembre de 2020 una reforma de la Ley de Protección contra Infecciones (IfSG) que otorga al Ejecutivo facultades para imponer restricciones aún más firmes. No tardó la reacción ciudadana: “Protestas en Berlín por anteponer las medidas para frenar el Covid a los derechos

humanos” (*ABC*, 19-XI-2020). Entre 5.000 y 10.000 manifestantes gritaban de modo incansable “¡Resistencia! ¡Resistencia!” y comparaban esas limitaciones con la Ley Habilitante de 1933, que entregó poderes excepcionales a Hitler. Berlín no es Montreal: la policía alemana disolvió la protesta con mangueras de agua a presión.

En Inglaterra acumulan siglos de experiencia democrática, y eso se nota. Sus políticos son humanos, como todos, frágiles y vulnerables. Pero la cultura política inglesa facilita la discusión, y el debate sobre la gestión de la pandemia se ha escorado a un nuevo sesgo en mayo de 2021. Copio de *The Telegraph*: “El uso del miedo para controlar el comportamiento de la crisis de Covid fue ‘totalitario’, admiten los científicos” (14-V-2021). Los científicos a los que alude el titular son los integrantes del SPI-B (Independent Scientific Pandemic Insights Group of Behaviours), subcomité que asesora al SAGE (Scientific Advisory Group for Emergencies). Gavin Morgan, psicólogo y miembro del grupo, declara: “Desde luego, usar el miedo como medio de control

no es ético. Usar el miedo huele a totalitarismo. No es una postura ética para ningún gobierno moderno. Soy una persona optimista por naturaleza, pero todo esto me ha dado una visión más pesimista de la gente”. Está en marcha una investigación oficial que examinará la labor del Gobierno desde la perspectiva del respeto al derecho y a las libertades (este tipo de comisiones sí que resulta útil en un país como Inglaterra).

Singapur se alinea con otros territorios de Asia oriental –como Nueva Zelanda, Corea del Sur o Taiwán– que, gracias a una gestión previsor y eficaz, apenas se han resentido de los efectos de la pandemia: escasas infecciones, hospitalizaciones y defunciones. Una de las claves del éxito estuvo en el seguimiento de las cadenas de infectados (*tracing*). Singapur ha sido pionera en este aspecto, y su Gobierno lanzó ya en marzo de 2020 la correspondiente aplicación de móvil. Resultó sencillo, pues el país optó por la digitalización –y la vigilancia– como respuesta a la pandemia del Sars en 2003. En contra de las previsiones gubernamentales, a mediados de junio de 2020 apenas la tercera parte de los 5,7 millones de habitantes había descargado la *app* (el Gobierno contaba con que lo hubiera hecho el 75 %). Para desconcierto de las autoridades, la ciudadanía expresaba así su desconfianza: no estaba dispuesta a dejar que vigilaran sus móviles y, en consecuencia, su vida privada. Singapur goza de un desarrollo envidiable, pero su Estado es uno de los más controladores del mundo, y el aguante de la gente alcanza su límite: según las encuestas, esa población se fía incluso más de Google, Facebook y Twitter que de su propio Gobierno. Los singa-

purenses son disciplinados, pero no tontos: había motivos para esa desconfianza. Aunque el Ejecutivo había asegurado que la información recogida por esa *app* se utilizaría exclusivamente para combatir la pandemia y que se borraría al cabo de dos semanas, el ministro del Interior reconoció en febrero de 2021 que esos datos quedaban también a disposición de la policía, que ya los había consultado para sus investigaciones.

Termino este breve recorrido con Suiza. El *Neue Zürcher Zeitung* titulaba el 18-III-2021: “La impaciencia con el coronavirus aumenta. Para la mitad de la población, las medidas van demasiado lejos”. Christina Neuhaus empezaba así su crónica: “Los suizos están hartos. Quieren recuperar su libertad. Quieren abandonar el *home-office* y comer en el restaurante. La opinión del país nunca había sido tan crítica como ahora”. La redactora no se dejaba llevar por una impresión subjetiva, sino que comentaba los resultados de la encuesta gubernamental SRG, realizada con una muestra de 49.909 personas entre el 9 y el 15 de marzo de 2021. Casi dos tercios de los nacionales ven en la pérdida de libertad uno de sus principales problemas. Muchos jóvenes han dado rienda suelta a ese descontento con manifestaciones violentas en Sankt Gallen y otras ciudades: se han podido presenciar escenas desacostumbradas en un país tan ordenado como Suiza –el país europeo más parecido a Singapur en este sentido–. La juventud suiza no se queda en la mera algarada, sino que se organiza para influir en la política y en la opinión pública: por ejemplo, con plataformas como “Mass-voll”. En ese mismo contexto de recelo ante el Go-



bierno, el pueblo suizo acaba de rechazar en el correspondiente referéndum la introducción del DNI electrónico: hay miedo a un excesivo control estatal.

Comentaristas políticos y científicos sociales comparten ese diagnóstico y analizan sus posibles causas y consecuencias. Cito los titulares de algunos testigos cualificados. Juan Manuel de Prada: “La sociedad estará amenazada y vivir con miedo es ser esclavos” (*Diario de Navarra*, 4-II-2021). Ignacio Camacho: “La pandemia va a dejar una sociedad dependiente del Estado, propicia para el clientelismo y la explotación del desamparo” (*ABC*, 10-V-2020). David Thunder: “Una pandemia no se supera perpetuando estados de emergencia” (*Diario de Navarra*, 8-II-2021) y “Covid y parálisis involuntaria de la vida social” (*Diario de Navarra*, 8-IV-2021). Jorge Torres Sospedra titula así un reciente ensayo: “La pandemia de la COVID-19. Fin del orden internacional liberal y el avance del Estado autoritario en España”<sup>3</sup>.

### LIBERTAD FRENTE A SEGURIDAD

La libertad es un bien sumamente valioso, tal vez el más definitorio de una vida humana digna, pero no se

obtiene gratis. Tiene su precio, pagado a costa de la igualdad y la seguridad.

Es más que deseable una igualdad de oportunidades: nadie con las condiciones o méritos suficientes debería quedar excluido (de la educación, del trabajo, del bienestar en general), pero resulta prácticamente imposible alcanzar la igualdad en los resultados. Aunque las oportunidades y los recursos se distribuyan con equidad, hay luego diferencias de talento, esfuerzo, salud y suerte. Y si esa igualdad final se impusiera por la fuerza, convirtiendo la sociedad entera en un gigantesco lecho de Procusto, alguien tendría que gestionarla. En las repúblicas comunistas hubo y sigue habiendo una nomenclatura que se distingue de la generalidad: unos son más iguales que otros.

Algo similar ocurre con la seguridad, aunque debo matizar: en el orden macrosocial, libertad y seguridad van de la mano y se refuerzan mutuamente. En los regímenes comunistas puede respirarse una aparente igualdad, pero nadie está a salvo de posibles depuraciones: si llaman a casa de madrugada, con toda probabilidad no será el lechero. En cambio, como ha puesto de relieve Amartya Sen al estudiar las condiciones del desarrollo, no se conocen hambrunas en países con libertad de expresión y elecciones libres.

La libertad es un bien sumamente valioso, tal vez el más definitorio de una vida humana digna, pero no se obtiene gratis. Tiene su precio, pagado a costa de la igualdad y la seguridad

3. @TTCivismo, 29-IV-2021.



La crisis nos impone una doble tarea, teórica y práctica. De una parte, hay que reflexionar, analizar y planificar. Luego, urge pasar a la acción, sin escatimar esfuerzo. Lógicamente, se espera en momentos así que los gobernantes ejerzan el liderazgo que se les supone



En el orden microsocia sí que crecen tensiones entre libertad y seguridad. Elegir implica riesgo: se puede ganar o perder. Unos logran su objetivo y otros se quedan atrás, unos se enriquecen y otros se arruinan. No hay economía de mercado sin destrucción creadora. El capitalismo salvaje adopta una deriva cruel y se desentiende de los perdedores: *the winner takes it all*. Corregir sus excesos y ayudar a los desfavorecidos se convierte en una exigencia humanitaria. Es lo propio del modelo renano o de la economía social de mercado. Así, cabe medir la calidad ética de una sociedad por el trato que da a los más débiles y desfavorecidos. Podemos proponernos ayudar a los damnificados, pero lograr la completa seguridad para todos y en todos los sentidos resulta imposible.

El filósofo alemán Markus Gabriel declaraba en una entrevista sobre la crisis para *Der Standard* (3-XI-2020): “En los Estados de derecho el virus se extiende como efecto de conductas individuales. Nuestro comportamiento puede regularse por las instituciones, pero no del

todo. En un Estado de derecho no se puede obligar a la gente a confiarse sola en casa, como en China. Y está bien que sea así. La pretensión de erradicar el COVID-19 en una democracia con los medios de una dictadura comunista es ilusoria. La única manera de terminar con la pandemia consiste en combinar la responsabilidad personal de los actores con el progreso médico... Tenemos que aprender a reconocer que somos libres. Esto significa que algunos morirán por ello, nos guste o no. Es horrible y trágico, pero es el precio de nuestra libertad. Tampoco prohibimos el alcohol, aunque cause la muerte de muchos miles de personas cada año”.

Las crisis, ya sean personales o sociales, tienen la capacidad de “ponernos en nuestro sitio”, de barrer lo superfluo para ubicarnos en lo esencial. Nos imponen una doble tarea, teórica y práctica. De una parte, hay que reflexionar, analizar y planificar. Luego, urge pasar a la acción, sin escatimar esfuerzo. Nos va la vida en ello. Lógicamente, se espera en momentos así que los gobernantes ejerzan el liderazgo que se les supone. Los Estados no son unos entes sobrenaturales, que descienden de lo alto para hacerse cargo de nuestras demandas. Son regímenes gestionados por políticos y funcionarios, que muchas veces trabajan con abnegación y eficacia y que otras veces no están a la altura por ceguera, pasividad, ignorancia, codicia, timidez, personalismo...

Contar con líderes solventes al frente del Estado facilita mucho la tarea. Con gente así, los ciudadanos afrontan las mayores dificultades sin quejarse, sabiendo que todos vamos a lo mismo. Este sería el escenario ideal, desde luego, pero no siempre tendremos

gobernantes dignos de confianza. Si los líderes no están a la altura –y mientras llegan las próximas elecciones– suena entonces la hora de la sociedad civil.

Fareed Zakaria sostiene en un interesante libro sobre la sociedad emergente de la pandemia que la cuestión decisiva no es el tamaño del Estado sino su calidad<sup>4</sup>. No comparto del todo su punto de vista. Ya hemos visto que el Estado, como el gas, se expande hasta ocupar todo el espacio disponible. Los defensores de la democracia o del mercado cantan en público las excelencias de la libre competencia, pero en privado reconocen sin ambages que la mejor oposición política o competencia económica es la que no existe. En todo sector económico se registra una tendencia natural a la concentración, bajo el doble mantra de la sinergia y la economía de escala, y la evolución lógica pasa por el oligopolio para llegar al monopolio. De ahí que tengan todo el sentido las legislaciones antimonopolio y los organismos reguladores de la competencia, vista la dudosa eficacia de la autorregulación. En el campo político la situación es más comprometida, pues son el propio Estado y los grupos políticos que lo gestionan los que deberían aceptar autolimitarse. Los ciudadanos normales y corrientes podemos y debemos hablar y movilizarnos para empujarlos en la dirección correcta. Nos jugamos mucho. Terminó con unas palabras de Benjamin Franklin que no han perdido actualidad: “Quien renuncia a su libertad por seguridad no merece ni libertad ni seguridad” ●

4. Fareed Zakaria, *Diez lecciones para el mundo de la postpandemia*, Paidós, Barcelona 2021.